



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



| | |
|-----------|-----------------------------|
| FONDO | BEATRIZ DE LA FUENTE |
| SERIE | 007: ESCRITOS ACADEMICOS |
| CAJA | 020 |
| EXP. | 054 |
| DOC | 1 |
| FOJAS | 1-6 |
| FECHA (S) | 5/F |

Luz de piedra en Mesoamérica

Beatriz de la Fuente
El Colegio Nacional

La escultura del México antiguo asume con propio derecho su lugar en la historia universal del arte. Este reconocimiento culminó en el siglo XIX con el hallazgo de dos grandes monumentos en piedra mexicas: “Coatlicue” y la “Piedra del Sol”.

La escultura del México antiguo es un mosaico de estilos en especial cada pieza manifiesta específica voluntad artística. Está determinada en cierta medida por las circunstancias culturales propias de cada pueblo.

Olmeca es el nombre por el cual se conoce el primer gran estilo escultórico de Mesoamérica. Este aparece durante las primeras centurias antes del principio del primer milenio y se continúa hasta 600 o 400 a.C. Se reconoce casi simultáneamente en varios sitios a lo largo de la costa sur del Golfo de México: San Lorenzo, La Venta, Laguna de los Cerros y Tres Zapotes.

El lenguaje formal y temático de más de trescientas esculturas colosales olmecas es inequívocamente reconocible. Sus cualidades dominantes son la clara preferencia por el volumen, la pesantez de las masas, las estructuras geométricas, el predominio por superficies redondeadas. Visualmente destacan varios grupos: el de figuras humanas que incorpora tanto a las sentadas e impersonales como la de “el príncipe” de San Martín Pajapan y la de Cruz del Milagro, las diecisiete cabezas colosales, grupo único en el arte mundial que retrata a gobernantes del mundo olmeca.

Otro grupo se constituye por la combinación de rasgos humanos, fantásticos y animales como “el Juchiman” que se encuentra ahora en la Universidad de Villahermosa, Tabasco. Uno más es el formado por esculturas únicas que combinan a una figura humana con una figura de aspecto sobrenatural, como es el caso del sacerdote procedente de Las Limas, tallado en piedra verde y que ahora se guarda en el Museo de Antropología de Jalapa en la

Universidad Veracruzana. Podría incluirse un último grupo reconocible porque se trata de animales: serpientes, águilas y monos.

Los escultores olmecas se distinguieron también por las tallas maestras en el translúcido jade verde-azul y en otras variedades de jadeita; entre éstas destacan máscaras de singular belleza, figuras humanas y *hachas*, además de otros objetos rituales.

Después de que la escultura olmeca llega a su término, surge vigoroso el estilo de Izapa (300 a.C. - 250 d.C.) que se manifestó sobre todo en notables altares y estelas de piedra. El lenguaje artístico cambia dramáticamente y la escultura tridimensional es reemplazada por bajos relieves que favorecen la narrativa escénica. Las imágenes únicas se transforman en discursos mitológicos que varían desde imitaciones de formas naturales a la abstracción de las mismas. El estilo Izapa es el puente entre la técnica y la iconografía olmeca tardía y las primeras imágenes mayas.

Mitos primordiales basados en el ciclo de vida del hombre y de la naturaleza son los temas principales. Por lo general se muestran en tres registros siendo el inferior el inframundo, en la parte media de la piedra se representan historias míticas, y en la porción superior lo sobrenatural y celeste.

Para expresar tales conceptos los escultores de piedra izapeños recurrieron a fórmulas de perspectiva y definieron símbolos precisos para expresar el concepto de tierra (caimanes, serpientes y jaguares); el agua representada por volutas y el fuego por diseños también en espiral, éstos y otros más reaparecen en las artes visuales de culturas más tardías.

Las esculturas de piedra de Teotihuacán hacen eco a las formas de las construcciones de tal modo que la gigantesca figura de Chalchiuhtlicue, diosa del agua, y las efigies de Huehueteotl, dios del fuego aparecen como masivas formas prismáticas. Las numerosas máscaras de piedra -granito, serpentina, onix- son rostros severos y uniformes que reiteran la rígida convención teotihuacana.

El cosmopolitanismo de Teotihuacán se evidencia mejor en otras de sus expresiones artísticas visuales: la cerámica y la pintura mural; son abundantes, variadas y de gran calidad de manufactura.

Para principio de la era el estilo zapoteca de Monte Albán, en Oaxaca estaba siendo prefigurado en obras tempranas. Las primeras tallas en piedra son el numeroso conjunto de

lápidas relevadas y grabadas conocidas como “los danzantes” debido a las posiciones de gran movimiento sugerido por las posturas dinámicas de las figuras representadas. Variante de éste grupo principal hay otro conocido popularmente como “los nadadores” por la postura en decúbito ventral de las imágenes humanas que guardan paralelismo con ésta actividad.

Variante del estilo danzantes son los jugadores de pelota apenas si relevados, en losas de Dainzú; son expresiones tempranas de la parafernalia usada en el simbólico juego.

El estilo sería ampliamente desarrollado durante los siguientes cinco siglos al incorporar esquemas formales que, tal vez se originaron en Teotihuacán. La costumbre de erigir estelas a los hombres ilustres y destacados había llegado a los zapotecas de tierras sureñas. El esquema formal zapoteco en el relieve de una estela es simple: un gobernante o guerrero está en lo alto del glifo emblema de *cerro* y acompañado por jeroglíficos de lugar. Individuos y símbolos son trabajados en un relieve muy plano con características esencialmente lineales.

El pueblo que habitó la costa central del golfo entre los siglos VII a X d.C. muestra características particulares en sus obras escultóricas de las cuales destacan sobre manera los relieves arquitectónicos que se aprecian en el Tajín en el estilo lineal de contorno doble que incluye abundantes volutas y bandas.

Acerca de la escultura excenta hay tres formas notables que parecen tener origen en la región centro veracruzana y que están asociados ritualmente con el juego de pelota: *los yugos*, *las hachas* y *las palmas*, trabajados con asombrosa maestría y sensibilidad. El diseño en forma de herradura de los *yugos* reproduce simbólicamente el cinturón del jugador ^{de pelota} y con frecuencia la imagen del sapo concebida como monstruo del inframundo. Las *palmas* llevan el frente tallado con numerosos realces y remetimientos de volutas siempre con el contorno doble y, en la parte baja, una muesca que se ajusta al *yugo*. Es común que la talla de la parte central de *las palmas* sean figuras humanas o animales en medio de bandas entrelazadas. Las *hachas* pudieron haber servido como marcadores del juego de pelota, se componen formalmente de dos rostros vistos de perfil que se unen al frente y se separan hacia atrás uniéndolo en dos planos. Es en éstas en donde se advierten horadaciones y vanos que traspasan la placa de piedra y crean así una dinámica tensión entre el volumen y el

espacio. Algunas de las obras maestras de la escultura precolombina se encuentran en éstas tallas esotéricas.

En contraste con éstas tallas de la escultura en barro tridimensional conlleva una dimensión notablemente humana al arte del centro de Veracruz. El Museo de Antropología de la Universidad de Jalapa tiene las más ricas muestras de la escultura en terracota de ésta región.

El arte maya es notable no sólo por sus relieves, pinturas murales, vasijas pintadas y pequeñas obras maestras escultóricas en diversos medios tales como la terracota, la obsidiana, el jade, el hueso y la madera.

Si Mesoamérica es como enorme mosaico compuesto por una multitud de partes diversas, la zona maya es como un espejo quebrado cuyos fragmentos revelan vigorosos estilos regionales y locales. En vista de la diversidad haré mención de los dos grandes estilos escultóricos que prevalecen, de modo dominante, en la zona maya. Uno se refiere a las regiones centrales de Chiapas, El Petén en Guatemala y parte de Quintana Roo; el segundo abarca, en lo primordial la península de Yucatán. Tomaré como ejemplo del primero el relieve escultórico de Palenque que alcanzó su apogeo entre los siglos VII a X, para continuar con Chichén Iztá como el segundo cuyo punto cimero alcanza de los siglos X al XIII.

Palenque forma parte de un estilo que se extiende en la ribera del Usumacinta y que incluye, entre otros Bonampak, Yaxchilán y Piedras Negras. El estilo que les da unidad se arraiga en la representación de la figura humana representado en relieve escultórico. Cada sitio, sin embargo tiene su identidad particular.

La estela, monumento característico del estilo maya clásico, y que aparece en el preclásico tardío en sitios como Izapa, en Chiapas; Abaj Takalik y Kaminaljuyu en las tierras altas de Guatemala no es un rasgo propio de Palenque. La creatividad escultórica se concentro en las fachadas de estuco: muros, frisos, cresterías de pirámides, palacios y templos. Los interiores fueron ornamentados con esplendidos relieves y tableros de piedra con animadas formas humanas. La forma y el contenido de la escultura de Palenque revela una orientación definitivamente humana; el concepto del universo y de la conciencia histórica se advierten en perfecta integración armónica. Esto se mira en la lápida del sarcófago del Templo de las

Inscripciones y en los varios tableros de El Palacio, y los Templos del Sol, la Cruz y la Cruz Foliada.

Hacia finales del siglo VIII cuando la actividad escultórica estaba decayendo en Palenque, en Chichén Itzá la gran ciudad maya-tolteca de la península de Yucatán surgía bajo el signo del estilo Puuc que se caracterizaba, esencialmente por la mampostería de mosaico de piedra para diseñar los frisos de edificios en Uxmal: el relieve escultórico estaba en auge.

La escultura tolteca se constituía de porta estandartes, figuras de atlantes y los renombrados chacmooles considerados por los escultores contemporáneos como obras maestras de la escultura universal. Estas imágenes indican cambios sustantivos en la escultura, un regreso a la figura tridimensional que había sido relegada durante el período maya clásico. La presencia tolteca imbuye a la escultura de Chichén Itzá con un carácter singular: la fusión armónica de dos estilos el maya y el tolteca.

Hay otros pueblos que dejaron su impronta escultórica en monumentos pétreos como ocurre con el pueblo zapoteca y el mixteca. El primero en grandes estelas que registran acontecimientos de dominio y de poder durante los tiempos clásicos, y que fueron antecidos por las renombradas lápidas de *Los Danzantes* en Monte Albán y de *Los Jugadores de Pelota* en Dainzú. El otro, el mixteca manifestó su identidad en el relieve escultórico que revitaliza las fachadas de los edificios de Lambityeco, Yagúl y Mitla.

A medida que nos aproximamos al arte del último pueblo prehispánico: el mexica, constructor de la magnífica Tenochtitlán, nos percatamos de la versatilidad de sus formas de expresión heredada durante siglos.

Muchísimos de sus monumentos escultóricos en piedra son, en efecto, soberbios, incorporan formas y temas de culturas anteriores a las cuales infunden nuevas soluciones. Por ejemplo los escultores mexica toman como prestamo la magnitud colosal de la antigua tradición olmeca pero recomponen los objetos con inclusiones de bajo relieve y de esgrafiado.

Lo que distingue la escritura mexica de otras obras de piedra en Mesoamérica es, en esencia la estructura impecable que subyace los diversos modos regionales e incorpora una vigorosa expresión estética que se manifiesta por formas integradas dentro de una composición balanceada en volúmenes redondeados. Este sentido de la estructura se advierte tanto en obras de simplicidad aparente (la simple dificultad del gran arte) como el

chapulin de carneolita roja, el mono de obsidiana, las águilas y las cabezas de serpiente del Templo Mayor y las que combinan pluralidad de imágenes y complejo simbolismo: Coatlicue, las Coyolxauquis, la Piedra del Sol, los Tláloc y los Chac Mooles, entre otras.

El cosmopolitanismo de Tenochtitlán esta evidente también en las artes menores. En efecto, la diversidad del arte mexica es testimonio de su dominio imperial pero la gran escultura, la que expresa el estilo "metropolitano" conlleva en sus formas una poderosa energía que es una cualidad sobresaliente de la escultura mesoamericana.

La variedad prodigiosa de la escultura precolombina está solidamente fundamentada en conceptos culturales comunes a los distintos pueblos; de ahí se deriva su unidad. La civilización en Mesoamérica fue total y continua, pero los estilos escultóricos varían en tiempos y en lugares. Estas expresiones especiales, ocupan, como todo arte verdadero su lugar entre las obras maestras universales.